



temas de hoy

Narrativa

249 g

36 157 palabras

Estamos a salvo

Camila Fabbri



CAMILA FABBRI
ESTAMOS A SALVO

© Camila Fabbri, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-9998-915-0

Depósito legal: B. 4.816-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SOBRAS

Cuando los yacarés son cría, tienen como depredadores a las garzas y los zorros. De adultos, prácticamente a nadie.

Documental de Nat Geo

Cuando Amalia tenía doce años, iba muy seguido a la casa de Celia, su vecina. Las casas de las dos familias lindaban en el barrio de quintas. Cuando bajaba el sol, cerca de las cinco de la tarde, Amalia caminaba derecho por una calle de tierra hasta la puerta de entrada de Celia. No miraba atrás ni a los costados. Había prometido a su madre que jamás haría eso.

Esa tarde, se había puesto su vestido de hilo blanco y se había atado el pelo tirante hacia atrás para dejar en claro las facciones y permitir que el aire le acariciase las

orejas. La casa de su amiga estaba envuelta en rejas de acero y tenía un frente blanco, de pintura resistente al agua. Amalia no podía atravesar la reja de entrada sola porque Silvio, el padre de Celia, hacía un año había adoptado un cachorro de yacaré que andaba suelto. Entonces Amalia golpeaba las palmas de las manos hasta que Celia se asomaba a la ventana y corría a abrirle. La madre de Celia aseguraba que el reptil era manso y jamás dañaría a nadie. La certeza de una desconocida no hacía fruto en los oídos de Amalia, así que ella prefería aplaudir.

El yacaré pasaba las horas en una piscina de seis metros de largo en el medio del jardín de la casa quinta. Al principio, el reptil era muy pequeño, y cada vez que abría la boca, los invitados y las invitadas de turno pegaban gritos de espanto mezclado con ternura. Después creció, como hacen todas las criaturas cuando el tiempo pasa. De adulto llegó a pesar alrededor de cincuenta kilos. Se deslizaba firme sobre sus patas por el pasto de la casa quinta, pasto recién plantado, rozagante, de jardinero contratado.

Amalia había visto de cerca al yacaré solamente dos veces: aquella tarde que el padre de Celia lo trajo en una caja y parecía un souvenir, y ahora, en esta parrillada que ofrecería la familia de su amiga por la tarde noche. Silvio cumplía sesenta años y quería un festejo a lo grande. La madre de Celia había invitado a más de ochenta vecinos del complejo de quintas y también había contra-

tado a un mago profesional, esos de los trucos nunca vistos. Atiborró el jardín de guirnaldas blancas y doradas. Contrató un DJ de contextura delgada y bastante calvo en la coronilla. Ni bien Amalia entró en la casa, le confesó a su amiga que hacía tiempo no veía una fiesta de ese tenor en el barrio cerrado. Celia le respondió orgullosa que era cierto y le mostró un tutorial en internet del peinado que quería hacerse más adentrada la noche, cuando llegaran los hijos de la familia Cuarón.

Amalia y Celia empezaron a comer algunos sándwiches de miga de aceituna y queso, y tomaron toda la gaseosa que les entró en el estómago hasta que los eructos no les concedieron respirar. El sol todavía no había bajado del todo, pero ellas bailaron y bromearon a las mujeres mayores cuando iban llegando, acerca de la longitud de sus pieles caídas.

El yacaré descansaba detrás de rejas doradas que brillaban solas. Nadie quería que aquello pareciera una simple jaula prohibitoria. Silvio la había mandado a diseñar especialmente: era un encierro inmenso y limpio. Un templo. Silvio tenía cierta fascinación por los animales que caminan a ras del suelo: el reptar le parecía una acción superadora. Después de un rato llegó el momento de soplar las velitas. Los invitados, ellas y los contratados se acercaron a Silvio y lo rodearon cantando las estrofas conocidas. Silvio sopló con gracia y levantó las dos manos. No dijo palabras de agradecimiento pero bebió completo el contenido de una copa de vino blanco. Miró a Amalia y le guiñó un ojo. Amalia le sonrió. Era halagador que el padre de su amiga le dedi-

cara un gesto en ese momento tan importante. Algunos comieron torta y el resto volvió al jardín. Es que ahí afuera se estaba tan bien. Las amigas bailaron una canción conocida y se soltaron el pelo, se sentaron en el pasto y se revolcaron apenas. Tenían calor. Los hijos más jóvenes de la familia Cuarón no se habían movido de la mesa. Celia estaba nerviosa. La presencia de los dos adolescentes la ponía así. Dijo que iba al baño. Amalia quedó sola, rodeada de adultos fumadores. Notó que su vestido blanco había adoptado distintos tonos de verde por el tiempo que llevaba sentada en el pasto. Sus padres, en ese instante, seguro estarían mirando la televisión en el living. Aunque les insistió, no habían querido venir. Amalia se sentía extraña, ajena. Vio a lo lejos cómo una mujer que le triplicaba la edad arrancaba un pedazo de carne de un palillo con una fuerza penosa en los dientes. ¿Quién sería esa señora? En el barrio de quintas todos se conocían pero Amalia jamás la había visto. Al rato descubrió que había muchas personas que jamás había visto, entonces se sintió más extraña todavía. El DJ calvo cambió el rumbo de la fiesta y agregó un juego de luces al sector de baile, rebalsado de olor a naturaleza. Parejas mayores se acercaron ahí, moviéndose apenas, lo que les permitía la columna vertebral. Amalia giró su vestido sobre sí y notó que Silvio la estaba mirando. Decidió alejarse.

Aprovechó el momento para caminar hacia la jaula del yacaré. Hacía casi un año le llamaba particularmente la atención la mascota de su amiga. La madre de Amalia se burlaba de los padres de Celia, sobre todo

de Silvio: «¿Un yacaré? Dios mío. Ínfulas de extraordinario».

Con el resto del jardín decorado, el animal dentro de aquella jaula inmensa parecía una pieza de cera. Amalia lo miró fijo. Los ojos del yacaré eran acuosos y tibios, como los de quien acaba de llorar y no quiere que se note. Ella percibió cierta agitación en el animal, quiso demostrar comprensión y pasó la mano a través del umbral dorado. De fondo sonaban ahora unas bossas brasileras y algunas parejas simulaban mareos de alcohol.

Un mes atrás, en una cena familiar a la que Amalia había sido invitada en carácter de «amiga que se quedará a dormir», Silvio narró una historia de su infancia en el Sur. A Celia y a su madre ya no les causaba gracia ese relato, en cambio, Amalia estaba ansiosa por escucharlo. Silvio habló de Moris, un vecino parco que vivía en lo profundo del bosque patagónico. Moris tenía la costumbre de invitar a todos los niños del vecindario a merendar, entre ellos a Silvio y a unos hermanos de su misma edad. El hombre prestaba servicio de niñoero sin cobrarle a nadie, madres y padres aceptaban. Silvio recordaba a Moris con devoción y esto sorprendía mucho a Amalia. Un hombre adulto conmovido es algo que a esa edad puede resultar inquietante. Silvio largó lágrima y siguió hablando: contó que pasaba horas y horas en casa de Moris, y que él a veces les prestaba su cama a los niños para que durmieran la siesta. Y que Moris, así de amable que era con la niñez, también tenía una extraña costumbre: le gustaba comprar huevos en plena gestación. Los

conseguía en una granja lindera, solía tener cajas llenas, contaba Silvio. Y algunas veces pasaba que, en carácter de show, a Moris le gustaba aplastar uno por uno los huevos sobre la mesa de madera del living. Y después de aplastarlos y ver desparramarse lo que podría haber sido un futuro pollo, Moris sonreía y decía que tenía el poder de convertir el mañana en sobras. Que a veces era preferible no dejar crecer. Celia le preguntó a su padre que por qué no aprovechaban y comían esos huevos, pero Silvio no respondió.

Y contó: Moris se quedaba con los niños en su casa hasta la noche, y a veces les preparaba sopa. Se los sentaba en el regazo y les peinaba el cabello corto de varón. Aunque no hiciera falta, igual los peinaba, decía que así les sacaba brillo.

Silvio concluyó la anécdota con la mirada en un punto fijo de su plato de porcelana. La madre de Celia le preguntó si quería irse a su habitación y él respondió que no. Celia siguió comiendo como si esa escena se hubiera repetido una y mil veces. Silvio se asomó a la ventana y chequeó que su yacaré siguiera empujando el cuello. Y en efecto, ahí estaba, con los ojos brillantes en la parte honda de la piscina. Amalia intentó imaginarse a Moris varias veces pero le fue imposible. Nunca le contó la historia de Silvio a su madre ni a su padre. Ni a nadie.

Celia regresó del baño con un sándwich de pastrami en una mano y un vaso de gaseosa en la otra. Cuando notó lo que hacía su amiga le gritó que no, pero Amalia

no le hizo caso. La caricia ya se había efectuado. El yacaré adolescente acercó la trompa a Amalia y olió. La gaseosa de Celia se desparramó en el pasto. Amalia sonrió y Celia pegó un grito agudo, de esos que hacen que los niños se vuelvan odiosos y venosos en la garganta. «¡Papá! —gritó—. ¡Papá, el cocodrilo!»

El yacaré jamás le había hecho daño a nadie de la familia, pero claro, Amalia tenía otro olor. Un grupo de adultos hizo la mímica de la catástrofe. Amalia dejó de oír, como si alguien hubiese activado un despertador muy agudo. Vio peinados, hebillas, cigarrillos en bocas de hombres. Recordó la fractura de los huevos de aquel adorador de niños y la mirada perdida del cumpleañosero sobre las velas de una torta demasiado comprada. La madre de Celia intentó aplacar la situación, tranquilizando a los invitados, ordenándole al DJ calvo que reactivara los parlantes, las luces. El yacaré había abierto apenas la boca y ahí dentro tenía los dientes.

Amalia ya estaba a salvo en los brazos de Silvio, que la miraba como si hubiese descubierto algo. «No tenés de qué preocuparte —le dijo—, los yacaré son solo criaturas en extinción.» Amalia cerró los ojos del dolor y Silvio la llevó a su cuarto para curarla. La fiesta siguió. Celia no tiene más recuerdos del cumpleaños de su padre. Tampoco de Amalia. El yacaré todavía sigue en el jardín de la casa. La especie no desapareció.

METEORO

Un meteorito alcanza la superficie de un planeta porque no se desintegra por completo en la atmósfera. La luz que deja al desintegrarse se llama «meteorito».

Documental de Nat Geo Wild

Elisa paró un taxi con la mano alzada como quien intenta detener el tráfico entero de una avenida. Eran las tres de la mañana. La cena con su hermana se había prolongado más de lo que hubiera deseado. Hablaron de la vejez inminente de su madre, de los temblores en sus manos y piernas, de que pronto debería interrumpir su trabajo y ellas, entonces, deberían empezar a hacerse cargo. Si le pagaban a alguien para que la cuidara, la mujer podría empeorar viéndose a sí misma en manos

desconocidas, lo contrario dejaría a las hermanas en la necesidad de ir todos los días de semana a la casa de su madre de más de setenta, sosteniendo diálogos que una no desearía: quién sos vos, qué haces en mi casa, cuándo tendré que empezar a peinarte por las mañanas y a sostenerte el vestido cuando te agaches a la vera del inodoro que compramos, juntas, las hermanas, en varias cuotas.

La hermana de Elisa es mayor y no sucumbe rápidamente ante las ideas de futuro. Al contrario, esa noche se tomó un litro de cerveza en ese restaurant dorado y madera del centro, hasta se rio de su suerte. Elisa miró el reloj a las dos cuarenta y siete, y decidió pagar. Elisa era nerviosa, así le decían cuando tenían que armar un diagnóstico sobre ella: caída de pelo, ansiedad excesiva, sudor en las manos, delgadez inmediata si se salteaba una comida, palidez, comentarios demasiado profundos sobre las pequeñas cosas que tal vez nadie ve, llanto con lágrimas ante publicidades o películas de cable, debilidad muscular, presión muy baja y en ocasiones algo alta por el exceso de jamón. Elisa parecía una nena olvidada en un changuito dentro de un supermercado eterno. Y ese desaire, al contrario de anularla, la favorecía.

El taxista la miró por el espejito. «¿Adónde vas?» Afuera todavía estaban encendidas las luces de varios locales. Algunas parejas caminaban abrazadas, jovencitos empezaban a pedir monedas con más énfasis en los gestos. Elisa nombró la dirección de su casa. No registró al hombre, miró por la ventanilla. El viento la abrazó

mientras se sumergían en calles oscuras. Cuando se detuvieron en un semáforo en rojo, el taxista y Elisa pudieron oír nítida la discusión de un hombre y una mujer en plena calle. Ella le agarraba la remera, mientras el hombre le hablaba bien cerca de la oreja, en la nuca. El taxista le hizo un comentario jocoso a Elisa sobre la pareja, pero ella no respondió. Miró para abajo, hacia sus propios pies. El conflicto, ajeno o propio, jamás podría sacarle una sonrisa.

El auto arrancó. Elisa miró la pantalla de su celular: relejó las últimas conversaciones con una amiga, con su madre, con el grupo de canto del centro cultural. En el fondo de pantalla, su perro Layo mostraba una lengua larga y caída que daba la impresión de cierta tristeza que, en realidad, era todo lo contrario. Layo siempre estaba ahí, del otro lado de la puerta, dispuesto a esperar a su dueña a la hora que fuera. Nada de la espera lo transformaba en víctima.

El taxista subió el volumen de una radio antigua, incrustada en el panel del auto: *De nuevo tú, te cueles en mis huesos, dejándome en el pecho, roto el corazón*. La versión en español del cantante norteamericano le revolvió el estómago. No supo por qué. No es fácil identificar eso tan inminente que pasa con las canciones o los aromas. Todavía sostenía el teléfono cuando le sugirió al taxista que cambiara el dial. El hombre se negó. Dijo que le gustaba mucho esa canción porque la entendía, que sabía que existía una versión en inglés pero le gustaba esta. Lo que decía la letra le parecía digno de emoción y quería oírla hasta el final.

Elisa se rascó el brazo y se arañó, digno acto de su sistema nervioso. El taxista cantó: *Me sacas de las malas, rachas de dolor. Porque tú eres, tu ru rú, el ángel que quiero yo* y miró a la chica nocturna por el espejo retrovisor. El hombre estaba conmovido. Elisa se sentía extraña.

Ahora andaban por una calle más oscura que la anterior y el taxista ya casi no se detenía en los semáforos en rojo. «¿Por qué está tan apurado?», le preguntó Elisa y el hombre le respondió que no lo estaba, que todo lo contrario, pero le gustaba dormir tranquilo sabiendo que complacía a sus pasajeros.

Elisa leyó la placa reglamentaria con disimulo. Era raro estar sentada en el asiento de atrás sabiendo que el espejo retrovisor le permitía a ese hombre una vista panorámica, por no decir total, de lo que sucedía a su alrededor en toda su expansión: tanto en el asiento trasero como en otros autos que andaban junto al suyo en las calles. El hombre tenía el control. Elisa leyó: «Luis Serbio, argentino, 14-09-1954». Elisa observó: pelado en las alturas pero con restos de pelo largo ahí debajo, cerca del cuello. Una gomita de tanza blanca le sostenía el cabello formándole una cola de caballo finita como la muerte. Luis Serbio era bastante pálido también, pero lucía como alguien de presión alta. Quizás eran sus ademanes, la fuerza de los brazos sobre el volante, las venas marcadas al costado de la cara, en las sienes.

En la radio ahora sonaba la parte instrumental de la canción vuelta al castellano y Elisa seguía con el estóma-

go revuelto, no sabía si por el exceso de velocidad del auto o por la letra tan extraña que hablaba de un ángel, que podía ser una chica que murió o simplemente la adjetivación de alguien muy amable. *De nuevo tú te cueles en mis huesos.*

«Sí, me llamo Luis.» Elisa se alarmó. El taxista la miró a través del espejo y ella volvió a rasguñarse los brazos de los nervios. «No hace falta que lo leas, me lo podés preguntar directamente.» Elisa sonrió por compromiso. «¿Querés que tome la avenida o seguimos derecho por ésta?» Elisa respondió «avenida» por lo bajo, pero Luis no le hizo caso.

Elisa buscó su teléfono y llamó a su hermana, que vivía a unas cuadras del restaurant dorado y madera donde habían cenado. Esto le dio mucha bronca a Elisa, siempre ella acercándose a la zona de los otros. ¿Qué define la zona de uno? ¿Su propia casa?

Ahora Luis bajó el volumen de la radio y volvió a mirar a Elisa por el espejo. «¿Sos joven o no tanto? No me doy cuenta por acá.» Elisa volvió a sonreír por compromiso. No respondería esa pregunta mal formulada. Estaba agarrada a la puerta del vehículo y tensaba la mandíbula. «Estás pálida —le dijo Luis y ella se tocó la cara—. ¿Te sentís bien?» La conversación ya se había individualizado bastante. En los taxis los temas solían ser más universales, pensó Elisa. «Soy naturalmente pálida», dijo. «No seas mentirosa», respondió él.

Ahora Elisa no tenía idea por dónde estaban andando. Ya eran más de las tres y media de la madrugada y su hermana no le respondía el teléfono. «¿Dónde estamos?»,

preguntó. Luis no contestó, en cambio, subió el volumen de la radio otra vez. La voz de un periodista cansado daba los números ganadores del Loto.

El auto andaba y andaba, como si la ciudad fuera infinita: y lo era. Elisa ya no tenía idea de dónde estaba su casa. Llamó a todos los números de teléfono posibles en su celular pero nadie le respondió. Tenía apenas media línea de batería. No quería demostrar angustia —tenía la capacidad de guardarla, como una tortuga superdotada—. «Luis, por favor, necesito llegar a mi casa.» El taxista la miró por el espejo retrovisor. «¿Sabés cómo decidí hacerme este tatuaje?», dijo y le señaló un dibujo irreconocible que tenía en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro. Elisa no quiso mirar. Luis se encendió un cigarrillo para narrar. Ahora el auto subió a una autopista que abría su cauce en una avenida céntrica. Luis hablaba sin parar y Elisa se mareaba. Pensaba en su madre, en el anillo de su hermana golpeando el vaso helado de cerveza, en el calor, en su corazón bombeando a lo loco ahí dentro, rodeado de cosas color carne. Elisa echó hacia delante la cabeza, se sostuvo la frente y vomitó la cerveza sobre el tapizado. «Nena, ¿estás bien?» Pero Elisa no pudo responder, la saliva de la malta le selló los labios. El auto en ningún momento detuvo su camino.

Anduvieron alrededor de veinte minutos por una autopista casi vacía en pleno verano nocturno. Había olor a vómito. Ahora Luis miraba a Elisa por el espejo retrovisor y sonreía. El aroma parecía no importarle.

Elisa intentaba respirar hondo y era extraño: el paisaje la calmaba pero no podía olvidar que estaba siendo llevada a la fuerza por alguien calvo con pelo largo, que olía a cigarrillo y seguramente le haría algo malo. ¿Pero qué?

Su teléfono estaba apagado hacía dos peajes y el sol empezaba a iluminar a lo lejos. «Ahí está, el señor Febo», dijo Luis. Elisa no respondería más nada. Dejaría hablar a ese hombre. Ya tenía los brazos totalmente rasguñados y el corazón le latía como en una maratón de cuerpos fuera de estado. «Tenés más color —le dijo Luis, mientras sonreía con un cigarrillo al costado de la boca—. Eso me alegra mucho.»

Elisa cerró los ojos, no pudo distinguir por cuánto tiempo. Al abrirlos, ya era totalmente de día y al costado del camino había campo, campo y más campo. Vio algunas vacas a lo lejos y carteles de publicidades de yerba mate para adelgazar, o de seguros para autos con un descuento importante. Al lado suyo, en el asiento, había una botella de agua fresca. Elisa bebió un trago largo mientras se preguntaba si Luis había parado a comprar o qué. Él seguía manejando con el mismo ímpetu de siempre, como si estuviera buscando el destino de su pasajera. Parecía que estaba haciendo su trabajo.

Cuando el sol pegó fuerte, el auto dobló a un costado por un camino de tierra. «No estamos lejos de Capital —dijo Luis—. No tengas miedo.»

Ahora la ruta era angostísima y a los costados había pasto seco y alto y algunas casas con persianas cerradas y niños sentados en bancos, recién despiertos, tomando agua de botellas de plástico o leche de tazas con dibujos

de superhéroes. Elisa vio perros flacos y gatos gordos. También oyó grillos o algún tipo de insecto pegado al vidrio del taxi. No vio adultos en la zona.

Luis frenó en una de esas casas. Elisa seguía mareada. Sentía que hacía horas que estaba sentada o inmóvil, y que en ese auto el vaivén era infinito. Hacía muchísimo calor, el mismo que Elisa había intentado evitar la noche anterior cuando eligió comer en un restaurant con aire acondicionado, obligando a su hermana a elegir uno con esas características. Luis bajó del auto. Difícil conocer la estatura de un taxista, ahora Elisa tenía la oportunidad. Ladeó el auto y le abrió la puerta a su pasajera. La invitó a bajar. Ella seguía sin entender. Ahora el corazón latía poco, la presión sanguínea había bajado demasiado. Necesitaba azúcar. «Perdiste otra vez el color», le dijo él. Volvió a pensar en un viaje por la ruta, unos años atrás, Elisa podía pensar en eso a menudo, sobre todo cuando sentía fiebre. Ella iba sentada en el asiento de atrás y su madre manejaba mientras fumaba un cigarrillo detrás de otro. Oían la radio, un tema conocido, de esos que se ponen de moda, y en un instante tuvieron la colisión delante de sus ojos: un auto incrustado dentro de otro, como si se hubiesen imantado, como si hubiesen estado correspondidos. Salía una gran cantidad de humo y una rueda que había sido expulsada del vehículo giraba sobre sí, porque eso hacen las ruedas, giran, tienen que girar. Ni Elisa ni su madre supieron nunca quiénes iban ahí dentro. Aumentaron la velocidad y siguieron diez kilómetros por la misma ruta. No hablaron entre sí. Dejaron que las imágenes hicieran su trabajo.

Luis ayudó a Elisa a caminar. Entraron en una casa pequeña pero agradable, con aire fresco y soda en la heladera. Luis ayudó a Elisa a sentarse en una silla de madera y buscó un vaso de vidrio. Elisa se llenó los ojos: revistas deportivas inundaban la mesa de la cocina, incluso armaban una montaña en una silla, como una presencia de papel. Un reloj de pared estaba detenido a las cinco de la tarde o de la madrugada. Por el ventanal de encima del horno de la cocina entraba una luz sepia, como de casa de abuelos o de living de tía abuela con un desperfecto cardíaco. Era una casa totalmente silenciosa, alterada algunas veces por el ruido de una cortadora de pasto o de una mosca demasiado verde. Mientras Elisa bebía la soda que le acercó Luis, los lagrimales se le llenaban de líquido. La puerta de la casa permanecía abierta. «¿Un enchufe?» Luis le indicó con un gesto y Elisa conectó su teléfono celular. Oyó ruido de objetos de cocina ir y venir, era Luis preparando un desayuno potente. Elisa lo miró hacer y volvió a detenerse en el tatuaje que tenía en el brazo, ahora nítido: el signo del infinito. Como un viaje que no termina, pensó.

Hubo un rato de silencio en el que solo se oyó el vaivén de la puerta de la heladera, el golpe de algunas cacerolas, la tijera al abrir el sachet de leche, una cafetera, el clic de una tostadora. Ahí a lo lejos, pegado con cinta scotch y mirándola fijo, la cara de un jugador de fútbol muy famoso decoraba la pared sobre la cama de Luis. Alguien más en la casa, pensó Elisa.

«¿Me dejás hacer un llamado?» Luis dijo que sí y le alcanzó el teléfono. Elisa marcó el número de su madre.

La llamada dio tres tonos hasta que, del otro lado, apareció la voz entre ronca y aguda, de este mundo y de algún otro: *¿Quién es?* Elisa la oyó respirar. Miró a Luis, que ahora servía tres tostadas en un plato hondo y unos huevos revueltos en un cuenco de vidrio. *Elisa, ¿sos vos?* Elisa cortó el teléfono. No supo qué decir, ni qué hacer. El futuro ahora era algo más borroso.

Después del desayuno, Luis invitó a Elisa a sentarse en el palier de la casa. El sol era rajante. «No te preocupes, no estamos muy lejos de Capital —repitió—. No tengas miedo.» Elisa se animó a mirarlo a los ojos por primera vez. Luis Cerbio era un hombre repartido entre el deseo y la acción, desmedido y rebalsado. En la comisura de los labios se le agolpaba la saliva y las cejas arqueadas le dibujaban un gesto infantil, previo a la adolescencia.

Luis le contó a Elisa que detrás de su casa vivía una jauría de perros que ladraba por las noches. La primera vez que se los oía daba temor pero después uno se acostumbraba. Dijo que muchas veces aparecían cachorros pidiendo comida y que él se las rebuscaba para alimentarlos a todos. Que se imaginaba que un día esa jauría poblaría la zona entera y que sería toda su culpa. Que nadie, nunca, debía enterarse de que era él, el responsable de dejar que todos esos perros corrieran, mordieran, conquistaran.

En reposeras gastadas, los dos miraron al cielo. «Ahí arriba siempre puede haber un fenómeno superior», dijo Luis entre risas y entornó los ojos. Elisa lo imitó. Se durmieron. Antes de subir de nuevo al auto, dieron una vuelta por la laguna. Eran las doce del mediodía y los

mosquitos los comían. Se mojaron los pies, las zapatillas. El tatuaje del taxista brillaba bajo el sol. El dibujo de un auto infinito. Ninguno dijo palabra.

Mientras viajaban de regreso a Capital, Elisa se acomodó en el asiento de acompañante. Luis se rio con una carcajada de dientes al notar que todo ese tiempo la bandera no había bajado. «Este fue el viaje más caro de la historia.» Elisa apenas sonrió. Al costado, otra vez, vio el campo campo y las vacas con vida. Después, los carteles de publicidad de mate para adelgazar, los primeros peajes y la imponencia de los primeros edificios de departamentos ínfimos, ligados entre sí. Al atardecer, la autopista ya estaba repleta de autos y, casi de noche, después, surgió la avenida capitalina con toda su gente encorvada y sus problemas silenciosos pero distinguibles. Luis Serbio dejó a Elisa en la puerta de su casa. Dijo «Chau» y su auto se alejó entre las luces de la avenida. Elisa no lo saludó. Esa noche, o quizás alguna otra, soñó con un rejunte de accidentes de ruta, uno detrás de otro, sin parar, como en un video policial. Soñó con un muestrario de calamidades de un canal de noticias. Por ejemplo: que un hombre conduce un auto a toda velocidad por una ruta nocturna, en un país ajeno. Cinco móviles policiales lo persiguen a toda velocidad hasta que el hombre se arriente —nota que no hay escapatoria— y sale corriendo del vehículo con las manos en alto. Corre a toda velocidad entre los autos que apenas frenan para no pisarlo. Pide piedad. Los que van vestidos de azul no se la dan, lo corren hasta alcanzarlo. Lo tumban en el piso. Lo esponan. Lo reducen. Lo ahogan. Acaban con él.